

en Chile<sup>11</sup> (p. 15) en las relaciones bilaterales entre ambos países, sí esboza Juan Luis Carrellán un contorno mínimo para profundizar en posteriores estudios: desde el año 1895 los españoles fueron la colonia más numerosa, llegando en 1907 a casi 19.000 (p.102), dedicándose la mayoría a la actividad comercial. A pesar de comentar la importancia que tuvo esta colonia española asentada en territorio chileno, no sólo como consumidores de los productos españoles que allí llegaban y como vínculos económicos entre ambos países, sino también como difusores de determinados hábitos de consumo en la sociedad chilena, no entra a estudiarla en profundidad.

En definitiva, la obra viene a rellenar un hueco en la historiografía de las relaciones internacionales de España con terceros países, utilizando para ello un enfoque clásico en la historiografía de las relaciones internacionales en España. “Clásicas” son también las fuentes empleadas y si, por el contrario, hubiese empleado además otras fuentes, como por ejemplo la prensa, quizás hubiera resuelto algunos hechos que a través de la información arrojada por las fuentes diplomáticas no ha podido. Especial atención merecería el estudio de la influencia de la colonia española afincada en Chile en las relaciones bilaterales entre ambos países, que aunque apunta su existencia y su influencia nada clarifica. Muy interesantes y explicativos para el lector son los gráficos elaborados por el propio autor, basados principalmente en las Estadísticas del Comercio Exterior de España.

Miguel I. CAMPOS

Universidad Complutense de Madrid  
micampos@pdi.ucm.es

PRADO, Gustavo H., *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909). Apuntes sobre ciencia, universidad y pedagogía patriótica*. Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2010. 296 p.

Rafael Altamira no es una personalidad intelectual muy conocida en España, a pesar de que no faltan los escritos sobre su vida y su obra. En 1967 se le rindió un homenaje en Oviedo con motivo de su centenario; un año después Vicente Ramos publicó un libro dedicado a glosar su figura; en 1971 sus discípulos Javier Malagón y Silvio Zavala compusieron su biografía; en 1987 el Instituto de Estudios Juan Gil Albert editó una importante obra colectiva, dirigida por Armando Arberola, dedicada a estudiar las múltiples facetas del personaje; Rafael Asín organizó exposiciones sobre su figura y editó algunos de sus textos, etc. Sin embargo, Altamira sigue sin ser un personaje bien valorado, ni siquiera bien conocido, salvo por los especialistas. Fue publicista, autor literario, pedagogo, juriconsulto y sobre todo historiador. Hombre polifacético

---

<sup>11</sup> En el año 1920 se cifran los españoles en Chile en 25.962 personas de un total de 120.436, constituyendo la colonia de extranjeros más numerosa.

que acumuló nombramientos, cargos y homenajes, sobre todo a partir del éxito de su periplo por América en 1909, cuando alcanzó el cénit de su celebridad.

El viaje de Altamira se conocía bien, sobre todo por el libro que él mismo publicó a su vuelta para promocionarse como personaje público. Fue un episodio inaugural en la recuperación de la comunicación intelectual con el conjunto del mundo hispánico. Altamira comenzó una práctica que se institucionalizó posteriormente: el envío a Hispanoamérica de intelectuales y profesores españoles, seleccionados por la Junta para Ampliación de Estudios, para impartir docencia y organizar grupos de investigación en América. Aquella primera iniciativa supuso un importante empujón a la propagación del movimiento hispanoamericanista en España y un efecto impulsor de una política oficial de relaciones culturales con Hispanoamérica. Una Real Orden de 16 de abril de 1910 encomendó a la JAE el fomento del intercambio universitario con América y las relaciones científicas “para trabajar en común en el progreso de la cultura de la raza”. Altamira fue seguido por Adolfo Posada en 1910, Menéndez Pidal en 1914, Ortega y Gasset en 1916, Rey Pastor en 1917, y una larga lista de científicos y profesores que recorrieron posteriormente los países hispanos de América como misioneros de la ciencia española.

No faltan los trabajos sobre aquel movimiento, pero los análisis habían adoptado hasta ahora, inevitablemente, una perspectiva “peninsular”: importaban por su contribución al reforzamiento de los vínculos trasatlánticos, por su efecto sobre el prestigio español en América y el combate contra los tópicos hispanófobos heredados del liberalismo decimonónico, por la promoción de los estudios americanistas en España o, más en general, del movimiento hispanoamericanista y de la orientación hispanoamericana de nuestra política exterior. El nuevo libro de Gustavo Prado vuelve sobre el tema del viaje de Altamira para examinarlo desde una perspectiva muy distinta, apenas esbozada anteriormente. Plantea la cuestión de aclarar las razones de su éxito en Argentina, en la coyuntura del Centenario, y la resuelve insertando su estancia en el movimiento del reformismo liberal argentino y la preocupación local por la cuestión social. Se pregunta por la adecuación de su mensaje a las expectativas del medio receptor, y para ello lo relaciona con el estado de la historiografía argentina de entonces y las demandas de una pedagogía patriótica. Nadie mejor que Gustavo podía reexaminar la cuestión desde la perspectiva de los receptores, y no de los emisores del mensaje, porque partía de un buen conocimiento de la historiografía argentina de la época y de la coyuntura nacional. Además, en el 2008 había publicado su libro *El grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del Krausopositivismo asturiano*, donde ya abordaba el análisis del viaje americanista de Altamira, seguido de otro volumen donde hacía un estudio minucioso del acontecimiento: *Rafael Altamira (1909–1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*.

En su nuevo trabajo Gustavo Prado se propone dos tareas: incorporar el contexto político e historiográfico de la Argentina de principios del siglo XX, y estudiar en detalle el contenido de los cursos y conferencias impartidos por Altamira. En primer lugar, lo que ya sabíamos sobre el patriotismo regeneracionista de Altamira, su panhispanismo y su reformismo liberal, se contrasta con la realidad argentina de la época, y en especial con los proyectos de ciertos grupos del campo intelectual rio-

platense. Así se ponen de manifiesto las inquietudes comunes que explican el acercamiento intelectual hispanoargentino en la coyuntura del Centenario, y el impacto de las ideas de Altamira en la formación de la historiografía y de la pedagogía argentina. Una vez más se confirma lo que ya han señalado quienes se dedican al estudio de las transferencias culturales: el éxito de esas transferencias no depende tanto de los esfuerzos de difusión y de expansión, ni siquiera de la calidad o el interés intrínseco de los contenidos, sino de las necesidades, expectativas y demandas de los receptores. Mostrar las necesidades del naciente campo intelectual y de la historiografía argentina es la clave para explicar el éxito de la iniciativa de Altamira —como los éxitos de Posada y de quienes les siguieron—, así como su fracaso relativo en otras sociedades latinoamericanas. Por ello mismo, hubiera sido interesante que el autor insertara este estudio de caso en la perspectiva de los estudios sobre transferencias culturales que tanto han progresado en Francia y Alemania en los últimos años.

Pero el libro ofrece algo más, algo que interesa sobre todo a los interesados en la Historia de la Historiografía: el análisis pormenorizado y meticuloso de los contenidos del curso de Metodología Histórica que impartió Altamira en la Universidad Nacional de La Plata. Ese estudio se realiza a partir de diversos materiales, como los extractos publicados en la prensa argentina, pero sobre todo con las transcripciones mecanográficas de las exposiciones orales y las guías del curso manejadas por el propio Altamira. Esos documentos eran conocidos, pero no habían sido analizados de forma sistemática y exhaustiva. Sin embargo, su interés es indudable, pues eran los materiales con los que Altamira proyectaba elaborar su gran tratado de metodología de la historia que nunca llegó a realizar. Las diez y nueve conferencias del curso que impartió en la Universidad de La Plata quedaron inéditas, pero suponen el punto de maduración de la concepción de la Historia de Altamira. Nuestro historiador no varió posteriormente sus posiciones, ni se adaptó a las novedades que, sobre todo en los treinta, aparecieron en la historiografía europea.

El libro de Gustavo realiza una reconstrucción lógica de los contenidos de aquel curso, y por lo tanto de las concepciones historiográficas de Altamira, sin duda el historiador que más reflexionó sobre cuestiones teóricas y metodológicas en España y el que mejor conocía los debates europeos sobre estas cuestiones. Además los somete a una crítica de contrastación con la epistemología de su tiempo, comparando las reflexiones de Altamira con el estado de la cuestión y las polémicas de la historiografía europea de la época. Altamira es confrontado con las concepciones de los tratadistas de su tiempo: Seignobos —su maestro—, Monod, Taine, pero sobre todo con la escuela alemana de Droysen, Bernheim, Lamprecht, etc. El autor se toma la licencia de confrontar críticamente las posiciones epistemológicas de Altamira con las de su coetáneo Max Weber, a quien supone debía conocer pero al que no hace referencia, y que sin duda tenía mejores soluciones para los dilemas y paradojas de la historiografía de la época. Pero ¿por qué sólo con Weber? ¿Por qué no medirlo también con los Paul Lacombe, François Simiand o Henri Berr, los protagonistas de la ofensiva desatada por la sociología Durkheimiana, en aquellos mismos años, contra la historiografía de la escuela metódica?

A la luz de ese contexto historiográfico europeo, Altamira aparece mucho menos moderno y mucho menos europeo de lo que apreciaron los argentinos de su época: no

dejaba de ser un heredero del krausismo-positivismo, formado en el positivismo evolucionista de Spencer y en el organicismo de carácter evolutivo y genético. Es verdad que su propuesta de “Historia de la civilización” supuso una novedad interesante en el panorama historiográfico de la época, y que tuvo la habilidad de plantear en su curso las cuestiones centrales y los temas más relevantes que preocupaban a los historiadores de entonces, pero no fue capaz de ofrecer soluciones originales a los principales dilemas de la disciplina: los criterios de cientificidad de la historiografía, su objeto específico, la existencia de leyes en la historia, la función de las generalizaciones, las fronteras de demarcación entre la historiografía y el resto de las ciencias sociales, las posibilidades de una historia integral, o el valor pedagógico y moral de la historia. Altamira se muestra en esas lecciones con todos sus defectos y sus méritos: un pensador bien informado, que conoce y pulsa el ambiente intelectual europeo, pero incapaz de elaborar un pensamiento original y menos aún de ofrecer soluciones auténticas y profundas a las cuestiones que suscita.

El Altamira historiador se manifiesta en estas lecciones igual de inconsistente que cuando plantea el problema de la identidad colectiva de los españoles, en su famoso estudio del carácter nacional, o cuando aborda la cuestión de las relaciones con Iberoamérica, o el programa de regeneración nacional en la crisis nacional de la coyuntura del Desastre. Altamira resulta siempre decepcionante, algo superficial, una persona con una inusual habilidad para rodear y esquivar el núcleo de las grandes cuestiones con circunloquios y recursos retóricos. A veces da la impresión de que sus escritos son puros fuegos artificiales, trufados de una vanagloria que hace antipática su lectura.

Todos los interesados por la historia de la historiografía o por la epistemología de la historia leerán con sumo interés este libro. Su autor ha conseguido hacer un ejercicio magistral de crítica historiográfica y de análisis de las concepciones de un autor no principal, pero sí muy representativo de la forma de hacer la historia en aquella época. Además, nos acerca al conocimiento de las relaciones intelectuales entre las dos orillas desde una perspectiva más completa de lo que ha sido habitual hasta ahora.

Antonio NIÑO

Universidad Complutense de Madrid  
anino@ghis.ucm.es